PASTEL DE BONIJO

Á D. JOSÉ LUIS ALBAREDA

ENTRE las fiestas más espléndidas y suntuosas que se han celebrado en la segunda mitad de este siglo, debe contarse, á mi juicio, el baile que dieron los opulentos Duques de Fernán-Núñez en la noche del lunes de carnaval de 1884. Los trajes, la generalidad de la concurrencia, la casa, los muebles, la servidumbre, la cena, todo, en fin, llevaba el inimitable sello de lo distinguido y de lo aristocrático.

Ya tarde, nos hallábamos cenando en una mesa retirada cuatro personas, cuyos nombres y vestidos de tres de ellas no estoy autorizado para revelar. Baste saber

que presidía el banquete cierta Condesa de sangre andaluza, á la cual, más que los rasgos vulgares de las caras que llaman bonitas, realzaban la finura, chiste, elegancia y distinción de modales. La tal Condesa rayaba en los cuarenta años: era, física y moralmente, una gran señora en toda la extensión de la palabra. Frente á ella se encontraba su prima, recién salida de la menor edad, con cuatro años de casada y tres de amigable separación del marido, pues cuando contrajo matrimonio, según nos advirtió la Condesa, reunía las *envidiables* circunstancias, harto comunes en el día, de no haber ojeado ningún libro serio, ni aguantado contradicción alguna á su áspero carácter, ni pensado sino en divertirse, ni trabajado más que en bordar zapatillas ó marcar pañuelos. Ocupábamos los dos costados restantes de la mesa un ex Ministro andaluz, célebre por su gracia y agudas ocurrencias, y el prójimo que redacta el presente artículo.

Después de saborear un sublime caldo de aves, y algunas lonjas de jamón y de pavo trufado, regadas con excelente Jerez y Burdeos, pedí salmón en mayonesa.

—Lo deseaba—exclamó la Condesa con júbilo,—pero no me atreví á pedirlo. Ignoro si podré ó no comerlo, porque... ¿quién sabe si tendrá pedazos de aceituna?

—¡Mujer! ¡Por Dios y por los santos! —replicó la prima.—Ni lo imagines siquiera. Tú ofendes á Fernán-Núñez en la persona de su jefe de cocina. El agregar aceitunas á la mayonesa es cosa de fondas ó de vapores mercantes.

La prima acertó. Una mayonesa blanca, suave, compacta, magistralmente batida con riquísimo aceite y sin adiciones de ningún género, causó nuestro encanto.

Mientras la Condesa, llevando la voz cantante del elogio paladeaba la salsa, le dijo el ex Ministro:

—Querida Condesa, me sorprende que siendo Vm. de mi tierra no coma aceitunas. Tomándolas con moderación no hacen daño. Siga Vm. el consejo de «aceituna, una, y si es buena, una docena.»

—El consejo viene tarde. Será una debilidad, una tontería, será lo que Vms. quieran; pero á mí, que no me importan los martes, ni trece en la mesa, ni que la sal se derrame, ni que los cuchillos se

crucen, me fatiga ver de cerca las aceitunas. Es una preocupación hereditaria que adquirí de mi abuela materna con quien me crié. La historia fuera larga de contar.

—Hable Vm., Condesa, hable Vm.,— le dijimos en coro.

La Condesa volvió la cara á derecha é izquierda, y convencida de que no tenía más auditorio que el de la mesa, soltó la voz á estas ó semejantes razones:

—Era tradición antiquísima en la familia de mi abuela que ninguno de ella probó jamás las aceitunas, y hasta sospechaban que había de acontecer desgracia cierta al que las comiese. Y eso que habitaban en una antigua ciudad del reino de Sevilla, y eran dueños y labradores de magníficos olivares, que poseían desde que los árabes salieron del territorio. Aquella señora, de tan claras luces y buen entendimiento perdía la chabeta al oler ó sospechar que alguno de sus hijos, de su familia ó de sus criados, hubiese comido aceitunas. Aseguraba con la mayor sinceridad, y era incapaz de mentir, que se lo conocía en la cara. Si ella, que no pasó

de excelente madre de familia, hubiera sido mujer célebre, sus biógrafos consignarían que el estremecimiento y terror que le causaba ver un plato de olivas, era semejante al que á tales ó cuales personajes les producía un ratón, una manzana ó el tacto del terciopelo.

Esta buena señora, que no hizo en toda su vida más que una expedición á Sevilla con motivo del viaje del rey Carlos IV; que su modestia en el vestir fué rayana con la pobreza, y que no repasaba más obras que el *Año Cristiano, Fray Luis de Granada* y el *Quijote,* había borrado de éste dos palabras... (y por aquí sé yo,— añadió la oradora,— que en el *Ingenioso Hidalgo* se nombran *dos veces solamente las aceitunas*).

—Adelante, amable Condesa, que ya aprendimos un acertijo que pondrá en calzas prietas á más de un cervantista,— interrumpió el ex Ministro.

—Pues bien; debo agregar que á la abuela le gustaba tener y tenía joyas de gran precio, no para usarlas ella, sino para que las luciese la Virgen en su festividad; y precisamente este broche que yo traigo

se halla enlazado con el aborrecimiento á las aceitunas.

Y diciendo y haciendo, la Condesa se quitó del hombro izquierdo un broche del tamaño y forma de un duro. Era de un trabajo sólido y mazorral en oro, con letras chinas esmaltadas de rojo y cuatro perlas, que, aun cuando no lucían lo que debieran por lo tosco del engaste, resultaban notables por su oriente, tamaño, forma é igualdad; perlas, en fin, dignas de la corona de un rey.

—Esto es—prosiguió nuestra interlocutora,—un amuleto japonés. Mi abuelo, el General de Marina N..., que dejó nombre en la Armada por su gracia, generosidad y calaveradas, lo adquirió en China y lo destinó á la colección de alhajas de mi abuela. Él quería mucho á su mujer, pero tal cariño no evitaba que la pobre señora fuese víctima perpetua de las bromas del sacudido almirante.

Esta historia que yo cuento la refería con gran minuciosidad mi querida madre. El General avisó desde Filipinas su compra de las cuatro magníficas perlas. Desde la llegada de la noticia á la de la joya pasaron cerca de dos años. En tan largo período se habló mucho de las perlas, se calculó su tamaño y se determinó el día en que la Virgen había de estrenarlas.

Por fin, mi abuelo arribó á Cádiz, y cuando se disponía á volver á su casa, recibió orden de salir sin pérdida de tiempo para Canarias. Así lo manifestó á la familia, pero advirtiendo que por su íntimo amigo el noble y distinguido caballero *Charles*, recién llegado de Francia, mandaba varios encargos, y entre ellos, especialmente recomendado, el broche de perlas japonesas. Que se atendiese y agasajase en todo lo posible á dicho señor, el cual viajaba en las *diligencias generales*, y que, como llegaría á Écija en horas oportunas de almorzar ó de comer, se le invitase á fin de que lo pasara menos mal que en la fonda.

Previniéronse jamones, pollos y conservas; se encargaron bizcochos, dulces y alfajores á las monjas, y se pidieron vinos, licores, café y cigarros á Sevilla. Se arregló y blanqueó toda la casa; salió la vajilla de plata, que se componía de doce docenas de piezas; se esteró de nuevo el comedor;

pusiéronse lindos ramos de flores contrahechas en el oratorio; se variaron las macetas del patio; dióse con aceite de linaza á las vetustas puertas y rejas del zaguán y caballerizas, y hubo, en fin, esa serie de faenas, alarmas é inquietudes que antiguamente producía en los pueblos la llegada de huéspedes, y en las cuales maldito lo que los huéspedes reparaban ó estimaban, por no servirles ni de comodidad ni de provecho. Lo de imaginar francés y casi un príncipe al nuestro, duplicaba la curiosidad y los preparativos.

Por tres días esperaron infructuosamente la diligencia mis tíos, mis parientes, el capellán, el mayordomo y los criados de la casa; y como no hay plazo que no se cumpla, llegó por fin el deseado caballero *Charles*, portador de los regalos y noticias verbales del marino.

El mayoral, que lo acompañó también hasta nuestra casa, tratándolo con gran respeto y consideración, era portador de dos sacos de noche de vistosa y elegante alfombra, con chapas y cerraduras de bronce.

—Señor D. Carlos—dijo,—aquí pongo los sacos; dos horas tiene Vm. disponibles, dos—repitió en voz alta, señalando además el número con los dedos de la mano derecha.—Son las diez; yo mismo volveré por Vm. á las doce; puede usted almorzar descuidado.

—Bien, bien; lo entiendo, lo entiendo,—replicó D. Carlos.

Pocos hombres aventajaban á éste en gallardía, estatura, elegancia y maneras distinguidas. Ya fuese conde, príncipe ó duque, lo cierto es que era un caballero de esmerada educación y curtido en el trato de gentes. Presentó, á modo de credencial, la carta que traía de mi abuelo, é hizo entrega de los pañuelos, cajas, conchas, abanicos, ajedrez y otras manufacturas de China y Filipinas, que en aquellos tiempos llamaban aquí la atención por lo poco vulgares que eran en Europa.

Nuestro huésped se explicaba bien en castellano, pero con acento marcadamente francés. Solía detenerse á veces por no hallar palabra española que representase su idea, y entonces la aclaraba por medio de un rodeo con galanura y desenfado. Durante el almuerzo habló de mi abuelo y

del origen de la buena amistad que con él le unía; de las modas y costumbres de Francia; de viajes; de la catedral de Burgos y de la belleza del campo de Écija: todo esto dicho con gracia, novedad y encanto admirables. No hubo forma de excusar que mi abuela y el capellán le hablasen á gritos, creyendo, como el mayoral de la diligencia, que los extranjeros comprenden el castellano cuando se les pronuncia á voz en cuello.

La mayor risa de los oyentes con las curiosidades del francés, ocurrió al preguntar éste si existían retratos de los *pequeñitos*. Al ver que nadie le comprendía, se explicó diciendo: *hombres chicos..., infantes..., párvulos*. Con estos rodeos, entendieron al fin que se trataba de grabados ó láminas que representasen á los afamados salteadores que tanto figuraron en 1817 bajo el nombre de *Los Niños de Écija*, los cuales, aun cuando cantados por los poetas, no tuvieron la gloria de ser reproducidos por la pintura.

Y la mayor sorpresa de mi abuela fué notar que D. Carlos, en vez de elogiar el hermoso vestido y rostrillo de la Virgen

que teníamos en la capilla, los ramos de flores de concha y cera que la adornaban, y las antiguas bandejas de plata en que sirvieron el almuerzo, se encantó con los clavos y aldabas de la puerta de la calle, con los azulejos de la escalera, con los capiteles de las columnas y con unas espuelas viejas y mohosas que mis tíos, casi avergonzados, le regalaron al notar los elogios que les prodigaba.

Viendo que el tiempo transcurría y que las perlas no se daban á luz, contestó Don Carlos á la alusión que se le hizo:

—¡Oh, sí!... Los ladrones son la causa: ¡un robo en cosa de valor es gran pena!

¿Habrían robado la joya? Toda la familia quedó perpleja y atribulada al escuchar las palabras del francés.

En aquel acto se oyó la voz estentórea del mayoral, que decía:

—¡Señor D. Carlos, al coche; vamos al coche, que es tarde!

—Vamos, vamos,— replicó el interpelado;—espere Vm. un momento, que voy á despedirme de estos señores.

Y abriendo el saco de noche tomó una caja cilíndrica de cartón, y dijo:

— Aquí viene la joya de perlas que, por ser de tanto valor, no he querido separarla de mi vista ni de mi mano. Por temor á ladrones la he colocado de cierta manera artificiosa.

Con la soltura de un jugador de manos sacó del forro de cartón un cuñete de... ¡¡¡ACEITUNAS SEVILLANAS!!!..., y arrancándole con ligereza la tapa, volcó en un plato y derramó por mesa y suelo toda la fruta que contenía, que por cierto era gorda, brillante, fresca y hermosa. Mezclado con ella venía el alfiler, dentro de un estuche de terciopelo azul. Don Carlos lo abrió, y con la mayor finura se lo presentó á mi abuela.

Esta se hallaba pálida, trémula, acongojada y con los brazos rígidos, en ademán de impedir con las palmas de las manos la aproximación del peligro. Mi madre, colocada delante de ella, pretendía resguardarla y defenderla. Los tíos y los criados se encontraban atónitos, suspensos, abobados y mudos de terror. El capellán, con las manos cruzadas y los ojos elevados al cielo, pedía mentalmente socorro á la Virgen, á Santa Florentina y á

toda la corte celestial. Tres ó cuatro lebreles que llegaron á la puerta del comedor ladraban desaforadamente.

Nuestro francés, mirando con gran atención, curiosidad y sorpresa aquel grupo, andando muy despacio hacia atrás, balbuciendo perdones y cumplimientos, tomó la puerta acompañado del mayoral, que ya había recogido los bultos de equipaje.

Creo que ni la palabra ni la pluma pueden dar idea de la escena que describo. Alguna vez trataré de que me la traslade al lienzo un buen artista.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando la abuela se serenó un poco, y los criados recogieron las aceitunas y su vasija con intención de arrojarlo todo á veinte leguas de la casa, notaron que el barrilillo era de rica porcelana, y la fruta exquisitos dulces de los que llaman en Francia *Olives au Kirsch*, y en Inglaterra *Kissing-Comfit*.

Excuso advertir que nadie se cuidó de acompañar al huésped, ni de darle las gracias, ni de entregarle una hermosa caja

de confituras del país, que como fineza se le había preparado.

A los pocos meses de este suceso llegó mi abuelo de su viaje á Canarias, y al conocer los pormenores de la escena que refiero, exclamó:

—Todo sea por el amor de Dios: Carlos no es francés; es tan español como nosotros: yo lo que os dije fué que acababa de llegar de Francia. Es necesario que nos perdones á él y á mí. Escucha la carta que me escribió á su llegada á Madrid:

«Mi querido General: Cumplí con la entrega puntual de los encargos que Vm. me confió, incluso el de pasar por *francés*, si por *francés* me tomaban. Creo que la broma fué demasiado pesada para su excelente esposa de Vm., que es un ángel de bondad y un modelo de finura. Es necesario que Vm. interceda para que ella y los demás perdonen mi complicidad en la farsa de que Vm. fué autor y yo simple comediante; pues como dice Pepe Zorrilla,

Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo.

»El regalo que me hicieron de un par de espuelas antiguas es inapreciable. Debieron pertenecer á algún magnate árabe, según el mérito y riqueza de su labor. Las hice limpiar y dorar á fuego, y aseguro á Vm. que no tienen parejas en la Armería Real.

»Desea á Vm. próspero y pronto regreso á España su afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m., *Carlos.*»

Esto rezaba la carta. Mi madre contrajo matrimonio en 1841, y se vino á vivir á la corte. Entre los regalos de boda que le hizo la abuela, se contaba la joya de marras. Al entregársela le dijo:

—Hija de mi alma, no me lo agradezcas pues sabes que no puedo verla ni usarla... ¿Qué quieres?... Te lo diré aunque te burles. Cuando veo ese broche..., me huele á aceitunas.

El abuelo solía repetir: La única broma pesada que dí á mi pobre Leonor fué la del *francés*. Dicha farsa me convenció de que no era fingida su aversión á las aceitunas.

Mi madre, conocedora é inteligente como pocas en el teatro, exclamaba:

«Siempre que admiro á ese gigante de nuestra escena, á ese rey de nuestros trágicos en *Edipo, Don Álvaro, Amantes de Teruel, Puñal del Godo, Zapatero, Otelo, Hamlet, García del Castañar* ó *Pelayo*, siempre veo á través de aquellas figuras algo de la sombra, de la voz, de los movimientos y de las maneras del *francés que para nosotras solas representó en el comedor de Écija la tragicomedia de* LAS PERLAS Y LAS ACEITUNAS.»

—Debo advertir á Vms.—agregó la Condesa acercando la joya á sus narices, —que para mí son inodoras estas perlas, y que mis dos colegiales son famosos comedores de la fruta del olivo. Creo que las tradiciones nobiliarias que arraigaban á la fresca sombra de los mayorazgos se han secado con el caliente sol de la desamortización.

—Condesa—repliqué yo,—me ha tocado Vm. en la llaga. Lo de menos es que el caliente sol de la desamortización, como Vm. dice, haya matado esa clase de tradiciones aristocráticas. Lo malo, terrible y fatal, á mis ojos, es la *desamortización del talento*. Tengo un proyecto social y económico de gran trascendencia, sacado de las mismas entrañas de la filosofía alemana. Cuando llegue á diputado le presentaré á las Cortes. Trato de que sea lícito amayorazgar la habilidad ó el caletre. Con mi plan tendríamos herederos universales de Larra, de Narváez, de Bretón, de Romea, de Balmes, de Hartzenbusch y de tantos y tantos como repartieron sus grandes capitales en pequeñas mandas y legados. Algún día hablaré largo de dicho tema, pues conozco que no es éste lugar acomodado para ello.

Lo que sí quiero decir es que á la historia que Vm. acaba de referirnos le falta la contera.

—¿La contera?...—exclamó sorprendida la Condesa.

—Sí, señora, la contera; y no se ofenda Vm., pues entiendo que la omisión proviene de ignorancia, y no de malicia. Y así como para nosotros ha sido nuevo lo que Vm. nos refiere, para Vm. lo será esto que voy á contarle.

A mediados de 1851 nos reuníamos en casa del eminente y sin par *Carlos Latorre* (á quien con tanta justicia enaltecía su

madre de Vm.) unos cuantos amigos de su persona y admiradores de su talento. Casi todos han muerto ya, y los únicos vivos con quienes puedo atestiguar, son los insignes Zorrilla y Miguel de los Santos Álvarez. Decía el actor «*que el importante estudio de la naturaleza tiene de difícil que hay que cazarlo al vuelo, y que, á semejanza de la liebre, salta donde menos se piensa.* Cuando me alivie un poco (añadía), relataré á Vms. lo que me pasó en Écija hará diez ó doce años en casa de una rica y distinguida familia de aquella ciudad, á quien visité para llevarle ciertos encargos. Fué un caso de terror y congoja que jamás olvidaré, y cuyos signos exteriores me asombraron. Procuré recoger y recogí todos los detalles, y siempre que en ocasión oportuna los he presentado en la escena, el éxito y los aplausos han venido á galardonar mis esfuerzos de *plagiario* de la naturaleza. Y por cierto que de aquellas nobles gentes adquirí también los soberbios acicates dorados que uso al vestirme de rey Don Pedro.»

Carlos Latorre se fué al otro mundo sin referirnos los sucesos de Écija. Usted, señora Condesa, acaba de subsanar su silencio y de satisfacer una curiosidad que los años tenían arrinconada en mi memoria.

Si algún comediante moderno pudiese reunir y amayorazgar las dotes del gran Latorre, subsanaría á su vez la falta de aquel coloso en la escena española.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En esto sonó la música de un rigodón. El ex Ministro lo bailó con la sobrina, y la Condesa dispensó la honra de ser su pareja al

DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, 6 de agosto de 1885 años.

NOTA. En el excelente y curiosísimo libro *La Literatura española en el siglo XIX*, por el P. Blanco García (Madrid, año 1891, parte I, pág. 330), dice: «Carlos Latorre probó sus fuerzas de titán en la tragedia clásica, para brillar sin rivales en el drama heroico y caballeresco, cuyas genuinas personificaciones, desde

el Trovador Manrique hasta el Don Pedro de *El Zapatero y el Rey*, encarnaron en el ser moral, en la fisonomía y en las actitudes de aquel irresistible mago que avasallaba á cuantos tuvieron la fortuna de admirarle.»

Zorrilla, en sus *Recuerdos del tiempo viejo* (Madrid, 1882, tomo I, pág. 76), consigna, al hablar del mérito de Latorre, que «*ni yo puedo decirlo ni concebirlo nadie que no lo haya visto.*»

Puedo, como afortunado testigo, abonar lo que dicen los autores citados.

LA CAJA DE ORO

Á D. FRANCISCO PARDO DE FIGUEROA

BUENA ó mala, tengo la costumbre de no ser nunca el primero en hablar cuando viajo con personas desconocidas. De modo que si mis compañeros observasen el mismo sistema, llegaríamos al fin del mundo sin abrir los labios. Es regla probada por la experiencia que todo caballero que á las primeras de cambio nos dice lo que es, lo que sabe, lo que tiene y á dónde va, ó toda señora que trae la ocasión por los cabellos para advertir que es casada, y que su marido tiene tal destino, son á mi juicio,